

recae en la congelación de salarios.

—Sin embargo, ¿no aprecias síntomas esperanzadores?

—¿Qué síntomas? Llevamos cuarenta años viviendo de unos cuantos tópicos: «no confundir libertad y libertinaje», «sin prisa, pero sin pausa», «cada pueblo tiene el gobierno que se merece»... Creo que en los dos meses pasados desde la muerte del General Franco el pueblo español está dando muestras sobradas de lo que merece.

—Pero, por ejemplo, en el terreno de las prohibiciones, recitales como el de Raimon o el de Llach, ¿no son un paso adelante?

—Que se permita cantar por fin a Raimon y a Llach me parece lo más normal del mundo. Porque no es lógico una represión que empieza por prohibirte el ejercicio de tu propio trabajo. Lo que sí me parece esperanzador es la reacción de la gente. Que se llene el Palau de Deportes, sin importar la calidad de sonido y la música en sí, es suficientemente representativo del clima existente en la gente.

—¿Y los nuevos acuerdos con los Estados Unidos?

—A los norteamericanos les han venido muy bien para seguir manteniéndose aquí. Como siempre, han sabido manejar los hilos de la trama y han llegado a la situación que les convenía. Pero no creo que la firma represente nada positivo para la evolución interior española.

—En España se dijo, y lo dijo un alto cargo ministerial, que podrías ser procesado. ¿Sabes tú si estás sometido a algún proceso judicial?

—Sí. De hecho, sé el número del proceso, el 1432/75, y poco más.

—¿Y quieres volver a España?

—Es que no tengo otra alternativa. Necesito volver. No quisiera convertirme en un desarraigado, lejos de la realidad de mi país. Tengo mis raíces y necesito alimentarme de ellas. Hace unos días estuve en Colliure y me impresionó. Se parece demasiado a nuestra tierra y allí la eché mucho más de menos.

José Ramón Pardo  
París

En París

«Nunca me he considerado asimilado por el sistema»



## ¿EFIMERO O PERMANENTE?

SIEMPRE ha habido una lucha entre lo permanente y lo efímero, y se hace difícil encontrar sus límites. En esta segunda parte del siglo XX nos encontramos, de manera más acusada que en otras, con el reino de lo efímero. Y esto no sólo respecto a nuestro siglo actual, sino que hay escritores que se aventuran a pronosticar de qué modo el siglo XXI estará dominado también por esta invasión de lo efímero.

Nos aborda igualmente la «moda» invadiendo no sólo el mundo del vestido, sino también el de las ideas, y es así, según estos vaivenes, como suben o bajan, en atracciones y apetencias, nombres y obras. De tal modo, que puede estar «de moda» Marcuse o dejar de estarlo, para ser reemplazado por otra efigie de «actualidad». Se diría que bailan nombres, libros e ideas y que lo efímero cubre incluso la zona del pensamiento, influyendo en promociones o generaciones por esa misma atracción sugerente que toda moda lleva consigo. Añadamos la consideración de que lo efímero aparece como una de las claves secretas de ciertos medios de comunicación. La velocidad con que se informa se presenta a veces aparentando importancia y hondura, y, por tanto, ello influye a largo término sobre las masas. No es necesario recordar que entre la escala de vehículos de comunicación parece más factible que lo efímero se encuentre escondido, y, a la vez, mostrado a las gentes, en primer lugar en aquellos medios más rápidos y cotidianos: la que se presentaba como gran noticia ayer, no llega siquiera a ser la noticia de hoy, sustituida ésta por un nuevo acontecimiento que —a su vez— esta misma tarde, o mañana quizá, tampoco sea ya novedad.

Nos encontramos, entonces, con medios de comunicación en todo el mundo en los que se alimenta ese hambre de superficialidad que anida en diversos sectores, proyectándose en esa «cotización de lo fu-

guz», al concederle cada vez un espacio mayor a todo ello en las existencias de nuestro siglo.

Existe, sin embargo, en ocasiones —sutil y aparentemente enterrado en olvidos— el valor de lo permanente. ¿Qué hay en nuestro tiempo de permanente y qué de pasajero? Es curioso observar cómo ciertas mentes lúcidas para detectar el estremecimiento de las crisis en nuestro siglo

no alcancen la misma penetración para aportar soluciones. En lo profundo del alma de muchas gentes aletea ese anhelo por encontrar las salidas que centran los valores del hombre, las cuales, cuidadosamente aplicadas, pueden resolver en gran parte graves desequilibrios de nuestra época. En Europa y en las décadas últimas descubrimos figuras que han dedicado el mayor esfuerzo de su vida a estudiar y ahondar en los actuales tiempos, procurando no resbalar nunca en la superficialidad o en la apariencia de cierto barniz pseudo-cultural al proyectar su mirada sobre los desgarramientos de este siglo.

Si ésta ha sido la tarea de algunos seres especialmente dotados para el análisis y la síntesis de las oscuras enfermedades que padece nuestra civilización, ¿cómo no hallar hombres en profusión que entreguen claves y, sobre todo, que lancen su eco a los cuatro vientos tumultuosos del tiempo?

Quienes viven el humanismo verdadero y en todas sus consecuencias, no pueden permanecer reducidos a confirmar que existe una crisis, asistiendo a ella como espectadores, y no participando de manera activa para resolverla de algún modo con su propia aportación.

Son tales hombres —precisamente en estos momentos— quienes deben dedicar tiempo a pensar, a contemplar humanamente, a meditar, hablar y escribir. En una palabra, a dedicar sus mayores esfuerzos para recordarnos ese intento de siempre: centrar valores descentrados.

José Julió Perlado

